



La amistad luso-española ha tenido uno de sus exponentes más ostensibles, durante la reciente visita del Generalísimo español al Jefe del Estado portugués, en las manifestaciones de orden castrense. Durante las jornadas en que el General Franco fué huésped de honor de la capital lisboeta, ha presenciado repetidos desfiles militares, en que las banderas de todas las unidades de guarnición en la capital, restimoniaron la presencia del Ejército portugués en los actos inolvidables que Franco vivió en suelo lusitano.

# LA AMISTAD DE DOS EJÉRCITOS

Por MANUEL VIGIL

EL muelle de las Columnas, que vió partir aquella nao «San Gabriel», que extendió Portugal hasta la India, ha sumado a su abultado álbum marinerío la arribada de la escuadra española con su Capitán General; el muelle de las Columnas es, como se sabe, el lado marítimo (el Tajo es mar en Lisboa) del gran rectángulo del Terreiro do Paço. Las columnas que le dan nombre y solemnidad, emergiendo a uno y otro lado de la escalinata, bañada por el Tajo, son pedestal de gaviotas y juguete de las aguas, pues varias veces han sido arrastradas por la prisa de éstas. En 1903, para el desembarco de Eduardo VII, rey de Inglaterra, hubo que colocar en este muelle unas columnas de madera provisionales, porque la corriente había tirado las titulares. Si Su Majestad Británica se retrasa un poco, habría tenido que desembarcar renunciando al honor que, por delegación forzosa, representaban estas columnas «ad interim», porque al otro día se las llevó también el agua.

Pero ahora las columnas auténticas estaban firmes, blancas y tocadas de sus gaviotas. El buque insignia español fondeó ante ellas matemáticamente, y desde tierra se le veía enmarcado por los esbeltos y pétreos bloques, coronados cada cual con su ave marinera.

Eran las dos y media de la tarde del 22 de octubre. Los navíos de guerra españoles y portugueses estaban alineados ante la ribera lisboeta; la brisa alegraba las banderas de mar y tierra y poblaba el cielo el fulgurante estruendo de los aviones de caza. Las bocas de fuego de las escuadras y de la costa pronuncian y repiten y multiplican su lacónico saludo. Entonces desembarcó Franco.

Acabados los cumplimientos de la llegada, desde el blanco y abierto pabellón levantado al borde del mismo desembarcadero de las Columnas, el mariscal Carmona muestra a su camarada las nuevas armas de la nación lusitana. Por la calzada que discurre al hilo de la ribera, entre los cinco mil hombres de la guardia de honor apostados en el centro de la plaza y la tribuna de los dos grandes Jefes de Iberia, se desliza una rápida y sonora corriente de carros de guerra, motocicletas y «jeeps» con ametralladoras, grupos motorizados de artillería ligera y de artillería pesada y antiaérea, camiones tractores arrastrando más cañones, un regimiento de caballería motorizado, con sus carros de combate, autos-ametralladoras y granaderos, y cerrando la marcha, las gruesas masas de los tanques pesados, los «Valentines» y «Centaurus»; cuarenta y dos mastodontes metálicos, con nombres gloriosos a su costado: «Coolela», «Mangua», «Chamite» y otros hitos del heroísmo, siempre presentes en el espíritu portugués. Mientras, en el aire hacían también su calzada para desfilar los «Spitfires», «Hurricanes» y «Harvards», terminando con ello de colmar el Terreiro do Paço de esa nueva música castrense que interpretan con su veloz y fragosa marcha los motores de las fuerzas mecanizadas.

## AVIONES EN TIERRA

Cintra, el mejor obsequio que el rey don Denis pudo hacer a la más encantadora reina de Portugal, doña Isabel de Aragón, la Reina Santa; allí donde más tarde el Rey don Sebastián escucharía a Camoens «Las Lusíadas», antes de sumergirse en el misterio de Alcazarquivir, es, además de Lusitania, uno de los más bellos parajes que pudiera soñar el turismo internacional. Y una base aérea de primer orden, que en una clara mañana otoñal recibió la visita de Franco, cuarenta y ocho horas después de su desembarco en las Columnas. Cien aviones con sus equipos tripulantes formados al pie de los aparatos, alineados en tierra, guardan silencio y quietud mientras la visita de Franco les recorre atentamente.

un denso núcleo histórico y sentimental

Acompañado del ministro de la Guerra portugués, teniente coronel Santos Costa, el Caudillo presencia desde un estrado las maniobras militares celebradas en Mafra. Conversa con el Jefe del Estado español el agregado militar a la Embajada de España, teniente coronel de Estado Mayor, don Carmelo Medrano. El almirante Regalado, ministro de Marina español, y los ministros portugueses de Comunicaciones y Obras Públicas, figuran también entre las distintas e ilustres personalidades que recoge esta foto.



## EL ARMA DE SIEMPRE

A poca distancia de Cintra está Mafra. El carillón del Monasterio saluda la llegada de Franco, interpretando la Marcha Real, como si una gran caja de música se hubiera puesto en movimiento. Tras las fuerzas motorizadas y aéreas, la infantería. Mafra, su monasterio, de dimensiones escurialenses, y el bosque frondoso, la «Tapada» de Mafra, constituyen la Escuela Práctica de Infantería, donde, en traje de faena, las Milicias Universitarias de Portugal montan una viva semejanza de guerra. Bajo un fuego rápido y real, pegados a un terreno descubierto y cuesta arriba, los universitarios rinden exámenes brillantes de su preparación militar ante Franco, que les observa desde una posición protegida por sacos terreros. Cuarenta minutos de combate, desarrollado como se desarrolla un teorema y ganado como se gana una batalla: con preparación y coraje. Y allí, en Mafra, Franco termina su jornada recibiendo su título de general del Ejército portugués, que tan resplandecientes demostraciones le está dando de sí.

## LA ULTIMA INVASION

Junot mandó la primera invasión francesa de Portugal en 1807. Dos años después, las tropas napoleónicas, ahora dirigidas por Soult, invaden el país por segunda vez. Y en 1810 se repite la invasión francesa por tercera vez, y última con Massena al frente, que es derrotado en Busaco por las tropas luso-británicas, cuyo jefe es Wellington. Busaco fué algo así como el monte Carmelo de Portugal. Es un monte recubierto por espesísimo bosque, que en muchos puntos no deja llegar al suelo los rayos del sol. Donde estuvo el convento de las Carmelitas se eleva ahora la sorprendente arquitectura, de gran escenografía romántica, de un edificio que se construyó para Palacio Real y con el tiempo vino a ser regio albergue de viajeros. El día anterior al de su marcha, Franco, que había dormido allí después de recibir la muceta de Coimbra, estuvo oyendo, desde el mismo lugar donde radicó el puesto de mando, la historia y desarrollo de aquel combate que inició el fin de la dominación napoleónica en Portugal.

## MEDITACION Y HOMENAJE

Quedan ya muy pocas horas de estancia al Generalísimo español y general portugués, en la nación lusitana, cuando todavía, en el camino de regreso a Lisboa, después de su viaje a Coimbra, Busaco Liria y Fátima, Franco se detiene en el monasterio de Batalha, compendio del gótico al manuelino, uno de los monumentos definitivos de la civilización cristiana de Occidente. Ante la estatua yacente del infante don Enrique, el que hizo quebrarse en un espléndido imperio la pavorosa leyenda del cabo Bojador, Franco se queda como abstraído. De repente se vuelve hacia su esposa y le pide un ramo de flores con que la habían obsequiado. Son dalias rojas y dalias gualdas, que Franco extiende sobre la tumba del fundador como cubriéndola con la bandera de España. Después, en el antiguo refectorio, donde hoy yace el Soldado Desconocido, iluminada ensoñadoramente la cámara mortuoria por una luz de aceite, y en tanto resuenan las voces graves y dulces de una masa coral que reza cantando himnos religiosos, Franco rinde homenaje al heroísmo portugués.

Así ha sido de detallado y de profundo el diálogo del Generalísimo español con las armas portuguesas, que tan gentilmente le han recibido por general suyo. Prueba de que la amistad de los dos Ejércitos vela por la amistad y la independencia de las dos naciones.